

«En la *Oración sexta*, pronunciada en el año 1707, trata este argumento mezclado con el del fin de los estudios y el del plan de estudiar: *Corruptae hominum naturae cognitio ad universum ingenuarum artium scientiarumque absolvendum orbem invitat incitatque, ac rectum, facilem ac perpetuum in iis perdiscendis ordinem proponit exponitque.*

Aquí él hace entrar a los oyentes en una meditación sobre sí mismos, que el hombre como pena del pecado está separado del hombre con la lengua, con la mente y con el corazón: con la lengua, que muchas veces no ayuda y frecuentemente traiciona las ideas por las cuales el hombre querría y no puede unirse con el hombre; con la mente, por la variedad de las opiniones nacidas de la diversidad de gustos de los sentidos, en los cuales el hombre no conviene con otro hombre; y, finalmente, con el corazón, por el cual, corrompido, ni siquiera la uniformidad de los vicios concilia al hombre con el hombre. Donde prueba que la pena de nuestra corrupción se deba enmendar con la virtud, con la ciencia, y con la elocuencia, por cuyas tres cosas únicamente el hombre siente lo mismo que otro hombre. Y esto, por lo que se conforma con el fin de los estudios. Por lo que se refiere al plan de estudiar, prueba que, así como las lenguas fueron el más potente medio de afirmar la sociedad humana, así los estudios deben comenzar por las lenguas, porque ellas se atienen todas a la memoria, en la que es más admirablemente provechosa la infancia. La edad infantil, débil de raciocinio, no se regula más que con los ejemplos, que deben aprenderse con viveza de fantasía, en la que la infancia es maravillosa, con objeto de conmover; por tanto, los niños se deben entretener en la lección de la historia, así tanto fabulosa como verdadera. La edad infantil es razonable, pero no tiene materia para razonar: adiéstrense en el arte del buen raciocinio en las ciencias de la medida, que requieren memoria y fantasía y, gradualmente, les debilitan la corpulenta facultad de la imaginación, que, robusta, es la madre de todos nuestros errores y miserias. En la primera juventud prevalecen los sentidos y esta predominancia arrastra la mente pura: aplíquense a las físicas, que llevan a la contemplación del universo de los cuerpos y necesitan de las matemáticas para la ciencia del sistema mundano. Más tarde, debido a las vastas ideas físicas corpóreas y a las delicadas de las líneas y de los números, dispónganse a entender el infinito abstracto en metafísica con la ciencia del ente y de lo uno, en la cual, conociendo los jóvenes su mente, se preparen a revisar su ánimo, y en relación a las verdades eternas lo vean corrupto, para disponerse a enmendarlo naturalmente con la moral, en una edad en la que ya han tenido alguna experiencia de cuánto mal son guías las pasiones, las cuales son violentísimas en la puericia. Y donde conozcan que la moral pagana no basta naturalmente porque amanse y dome la *filautia*, o sea, el amor propio, y habiendo experimentado ellos en metafísica el entendimiento de que es más cierto lo infinito que lo finito, la mente que el cuerpo, Dios que el hombre, el cual no sabe ni los modos de cómo se mueve, cómo siente, cómo conoce, se dispongan con el intelecto humillado a recibir la teología revelada, de la cual desciendan en consecuencia a la moral cristiana, y, así purgados, lleguen finalmente a la jurisprudencia cristiana.»

(G. Vico, «AUTOBIOGRAFIA», 1725)

Trad. J.M.S.F.

ORACION SEXTA PRONUNCIADA EL 18 DE OCTUBRE DE 1707

G. Vico

El conocimiento de la corrupta naturaleza de los hombres invita a completar el orbe entero de las artes liberales y de las ciencias, y expone el recto, hacedero y perpetuo orden para su aprendizaje.

Dura me parece, a fe mía, la suerte de instruir a los adolescentes en las buenas letras, cuando sus padres, que ni son versados en estos asuntos, ni consultan acerca de ellos a quienes lo son, aplican a unos jovencuelos el aprendizaje de tal o cual arte o ciencia determinados sin indagar previamente para qué está hecho y nació el ingenio de sus hijos, sino por su propio capricho y según piensan que es más provechoso para su patrimonio familiar, e incluso, con la mayor frecuencia, en contra de su voluntad; o, aunque sus índoles respectivas los induzcan a ellas, los impelen a tratarlas no obstante, según se suele decir, con las manos sucias, sin el necesario instrumento de las otras.

De aquí aquellas lágrimas, de aquí aquella compasión, cuando éstos, o bien desprovistos de los medios que se requieren para la disciplina a la que se aplican, no aprovechan nada en ella, o poco y con suma dificultad, e imputando a un defecto de su ánimo la culpa de sus padres abandonan por completo toda esperanza de doctrina, o bien aunque acaben siendo más doctos, puesto que, con todo, aborrecen el propósito de sus padres, bien sea porque aquéllos los han consagrado a la jurisprudencia para aportar honores a la familia, y ellos, en cambio, por ser de espíritu modesto o pusilánime, no sienten el menor interés por las clientelas, las dignidades y el poder, o bien sea porque sus padres, ávidos de un lucro inmediato, han dedicado al arte de la medicina a unos hijos que, dotados de un espíritu más elevado, miran y admiran a los ilustrísimos hombres que presiden el Estado en sus diversos sectores, de ello se deriva el hecho de que, mientras tanto los contiene el respeto al padre, cultiven los estudios con desgana y desdén, y no esmeradamente, con seriedad y entrega; mas tan pronto como se ven liberados de tal deber de piedad, descuidado por entero y postpuesto el estudio de las letras, reconduzcan su vida al ocio inerte y a las malas artes del ánimo. Y si alguno existe, a pesar de todo, que, como cuadra a un hombre esforzado, una vez que ha entrado en un camino quiera persistir en él, debe aprender, sin duda, por sí mismo y de unos autores que guardan silencio, en una edad impropia

y preocupados por sus ocupaciones privadas y, en ocasiones, incluso públicas, lo que, por el apresuramiento de sus padres, había estudiado sin orden ni concierto, o, por rebelarse su propia naturaleza, de forma descuidada y negligente; en tal situación, se le presentan tantas y tan grandes dificultades que, a menudo, a un buen número de ellos les queda tan sólo la amarga añoranza de una más sana doctrina.

Y al considerar yo, con muchísima frecuencia, los inconvenientes, o mejor aún las infelicidades, de este hecho, culpaba de ello a la propia naturaleza, por la que se había dispuesto que los hombres eligiesen el género de vida que van a llevar en una edad en la que, por ignorarlo todo, su capacidad de elección era nula, y, mientras investigaba las causas de tal situación, lo remontaba al origen y fuente de todos los males, el pecado de Adán y la falta original. Pero, al escrutar más a fondo este mismo hecho, me dió la impresión de ser injusto a mis propios ojos; pues *si contemplamos nuestra propia corrupta naturaleza, percibiremos con toda claridad que ésta no sólo nos advierte qué estudios debemos cultivar, sino incluso su camino y su método:* que son los dos puntos argumentales más conspicuos de lo que vamos a decir.

Y para comprobar si digo verdad, que cada uno de vosotros penetre en su fuero interno y contemple al hombre. Y se percate de que, efectivamente, él no es otra cosa que mente, ánimo y lenguaje; pues discernirá el cuerpo y las otras cosas y juzgará que, o son propias de los animales, o comunes con ellos. Y, a partir de aquí, perciba el hombre por doquier corrupto, y descubra en primer lugar lo infacundo de su lengua, luego su mente embrollada por las opiniones y, al cabo, su ánimo mancillado por los vicios; y advierta que son éstas las divinas penas con las que la Suma Divinidad castigó el pecado de nuestro primer padre, para disociar, disgregar y disipar al género humano por él propagado. Pues separó a unas gentes de otras, con la introducción de tantas clases de lenguas en castigo del impío Nemrod y su difusión por el universo orbe terráqueo: y, siendo cada una de ellas por siempre mudante e incierta, quiso que, incluso dentro de las mismas naciones, las lenguas de sus mayores fuesen ignoradas por la posteridad; y, de otro lado, con las opiniones, al tener de por sí cada una de ellas cierta similitud con la verdad, similitud que el deseo, según prefiere el ánimo de cada uno, aferra como si de la verdad se tratase; de ahí que cada uno tenga su propio sentido y, como vulgarmente se dice, cuantas son las cabezas tantos son los pareceres; y al ser tan grande, por último, la vergüenza del vicio que los viciosos cierran los ojos ante los propios, para no verlos, y en cambio abominan por completo los ajenos; hasta tal punto reprobamos en los demás los mismos males de los que nosotros adolecemos: de ahí que el avaro malquiera al avaro, y que el injusto reclame al injusto reparación por su injusticia; por medio de los vicios Dios quiso que no hubiese sociedad alguna ni siquiera de los hombres ímprobos entre sí.

Es más, con estas mismas penas con las que la Suma Divinidad disgregó, por así decir, a los hombres por culpa de nuestros primeros padres, con los mismos míseros modos castiga a cada uno de ellos; pues, mediante la falta de facundia, en innúmeras ocasiones la lengua no socorre a la mente, y, mientras ésta implora su ayuda para explicarse, la abandona; o, por la confusa e inapropiada rusticidad del discurso, engaña a los juicios de la mente con palabras que resultan por completo inadecuadas; y, o bien los mancilla con palabras vergonzosas y sórdidas, o bien los frustra y traiciona con otras ambiguas, de modo que se entienda cosa distinta de la que dice; o se vea seducido por medio de las mismas cosas que dice. A estos males de la lengua

se añaden aquellos otros de la mente: el hecho de que se adueñe de ella un perpetuo estupor, de que la burlen, e incluso en múltiples ocasiones se burlen de ella, las falsas imágenes de las cosas, la precipiten los juicios temerarios, la seduzcan los sofismas, y, en fin, la distraiga y la pierda por entero la confusión de las cosas. Mas, ¡por Hércules!, cuánto más graves que éstos son los males del ánimo, al que agitan perturbadores oleajes y tempestades más impetuosos que todo estrecho o brazo de mar, de modo que arda entre las pasiones, se horrorice entre los temores, enloquezca en medio de los placeres, languidezca entre los dolores, que lo tenga absolutamente todo sin deleitarse jamás por ingenio alguno; que al punto apruebe lo que reprochó y al punto repruebe lo que aprobó; que siempre se arrepienta de sí; que siempre de sí huya y se persiga a sí mismo. Y todos estos funestos azotes y tormentos los ejerza como un verdugo su amor a sí mismo; trocada en él la humanidad por el pecado original, las agrupaciones de hombres muestran la apariencia de sociedades, mas, en realidad, grande es la soledad de los ánimos en medio de la abundancia de cuerpos; a no ser que, más bien, se trate de la vecindad de los calabozos, donde los ánimos, en la parte que a cada uno le haya sido atribuida como propia, expiar las penas que arriba hemos mencionado.

Hemos enumerado, como suplicios de la corrupta naturaleza humana, lo infacundo de su lengua, las opiniones de su mente y los vicios de su ánimo. Por ende, sus dotes, ya enmendada, son la elocuencia, la ciencia y la virtud: que son como tres puntos que describe en su giro el orbe entero de las artes y las ciencias. En efecto, en estas tres muy preclaras cosas está contenida la sabiduría: saber con seguridad, obrar rectamente, hablar de forma adecuada; de modo que el hombre nunca se avergüence de haberse engañado, nunca sienta disgusto por haber obrado mal, nunca se arrepienta de no haber hablado adecuadamente: es, sin duda, un verdadero hombre el que encarna gráficamente el terenciano Cremes:

Hombre soy: y pienso que nada humano me es ajeno;

y de corazón pregunta a Menedemo -que desempeña el papel del necio que se atormenta a sí mismo-, no por esperanza alguna de lucro, ni a causa de ninguna obligación, ni por devolverle un favor, sino meramente por tratarse de un semejante, la causa de que a sí mismo se atormente y aflija:

No llores, y, cualquier cosa que sea, házmela saber:

no calles; ni tengas miedo:

y con seriedad promete lo siguiente:

Confía en mí, te digo:

te ayudaré o consolándote, o aconsejándote con palabras, o de obra.

Son éstas las tres funciones más propias de la sabiduría: amansar con elocuencia la ferocidad de los necios, con la prudencia sacarlos de su error, y con la virtud prestarles un buen servicio; y de este modo que cada cual, por su parte, ayude de corazón a la sociedad humana. Quienes así obran son hombres, sin duda, muy por encima de los demás y poco, permítaseme decirlo así, por debajo de los dioses, hombres a quienes sigue una gloria no simulada ni fugaz, sino sólida y verdadera, esto es, la fama, que se extiende a lo largo y a lo ancho, de unos méritos mayores de lo que cualquiera pueda alcanzar. E, indudablemente, no en otro sentido fabularon los más sabios poetas en sus fantásticas narraciones que Orfeo a las fieras amansó con su lira y que Anfión movió las piedras con su canto, y, amontonándose éstas espontáneamente a su

música, fortificó con muros la ciudad de Tebas; y que por tales méritos la lira de aquél y el delfín de éste fueron transportados al cielo y representados entre los astros. Aquellas piedras, aquellos robles, aquellas fieras son los hombres necios: Orfeo y Anfión son los sabios que conjugaron el conocimiento de las cosas divinas y la sabiduría de las humanas con la elocuencia y, con su fuerza convincente, hicieron a los hombres pasar de la soledad a la sociedad, esto es, del amor a sí mismos al cultivo de su humanidad, de la inercia a la laboriosidad, de la libertad desenfrenada a la obediencia a las leyes; y asocian, mediante la equidad de la razón, a los feroces por sus fuerzas con los débiles. Ese es perpetuamente el más verdadero, grande y preclaro fin de estos estudios; y puesto que muchos no se lo proponen, se mueven por razones falsas, viciosas y abyectas; y, al moverse por razones falsas, viciosas y abyectas, necesariamente deben profesar estos estudios o falsa, o viciosa o abyectamente. Y fácilmente podría exponer aquí sus clases; pero, por consideración, las omito en silencio. Tan sólo diré, en suma, lo siguiente: quien, en estos estudios, no dirige sus ojos a la sabiduría, esto es, no los cultiva para enmendar su naturaleza y conformar su mente con la verdad, su ánimo con la virtud y su lengua con la elocuencia, para constar como hombre a sus propios ojos y ayudar, en lo que esté en su mano, a la sociedad humana, es a menudo uno y se declara otro: con frecuencia abre la boca en muchas cuestiones necesarias para el arte que profesa: y con frecuencia siente fastidio, descuida y maltrata el propio arte que profesa. Mas, en verdad, quien se afana en enmendar con la sabiduría su corrupta naturaleza, nunca obra sin estar previamente instruido en todas las defensas de su arte, obra siempre de corazón y con seriedad, obra siempre según el fin propio de su arte. Y, para no dilatarme, os dejo a vosotros mismos el conjeturar cuán florecientes son los ciudadanos y cuán feliz el Estado en una ciudad en que los «profesionales» profesan sus artes de modo perfectamente acorde con la verdad y merced a su sola humanidad.

Sentado, en consecuencia, el hecho de que la misma contemplación de la humanidad depravada nos sirve de estímulo para completar el universo orbe de las humanas artes y ciencias, veamos ahora en qué orden (que era la segunda parte de nuestro argumento) nos incita a aprenderlas.

Para que podáis entenderlo con mayor facilidad, expliquemos previamente todo el propio bagaje e instrumental de la sabiduría. La sabiduría, como frecuentemente se ha dicho, se contiene en el conocimiento de las cosas divinas, la prudencia de las humanas y la verdad y adecuación de la oración. Pero es necesario que, de modo verdadero y adecuado, a la doctrina de la oración la preceda la del correcto discurso, que por la gramática se nos enseña. Le sucede el conocimiento de las cosas divinas, de las que en este punto me hago cargo, tanto aquéllas cuyo Dios es la naturaleza, y se llaman naturales, como aquéllas otras cuya naturaleza es Dios, y, con apropiado vocablo, se denominan «divinas». De entre las cosas naturales contemplamos o bien aquéllas, de las que ya existen entre los hombres comercio y constancia, las formas y los números, sobre los cuales la matemática elabora sus demostraciones, o bien las causas, que explica la física, y sobre las que tantísimas discusiones se mantienen entre los hombres más doctos; con la que pongo en relación la anatomía, que es la observación de la estructura del cuerpo humano, y aquel apartado de la medicina que investiga las causas de las enfermedades, y no es otra cosa sino la física del cuerpo humano enfermo. Pues aquella que enseña la curación de las enfermedades, y con apropiado vocablo se denomina «arte» de la medicina, es una especie de corolario práctico

de la física y de la anatomía, así como la mecánica es un cierto apéndice práctico de la física y la matemática. De otro lado, las cosas divinas son la mente humana y Dios; a ambos considera la metafísica en lo que toca a la ciencia y la teología en lo que a la religión concierne. Así pues, con estas doctrinas se completa el conocimiento de las cosas naturales y divinas. Promete lo siguiente el conocimiento de las cosas humanas: que cada uno cumpla con su deber, como hombre y como ciudadano. La doctrina moral forma al hombre probo y la civil al ciudadano sabio; una y otra, acomodadas a nuestra religión, constituyen la teología, que llaman moral: estas tres doctrinas convergen y confluyen en la jurisprudencia. Esta, en efecto, consta casi por entero de doctrina moral: pues no es ni ciencia ni arte, sino pericia jurídica, y tiene como propósito la justicia; de doctrina civil, pues atiende a la utilidad pública; y de teología moral, pues interpreta el derecho en un Estado cristiano. Ahora bien, sobre cosas divinas y humanas o disertamos entre hombres doctos o hablamos entre hombres sin experiencia; y allí necesitamos de una oración verdadera y aquí de una adecuada. Pues bien, la oración verdadera es el blanco y la obra de la lógica, la adecuada en prosa de la retórica y en verso, en cambio, del arte poética.

Y ahora es conveniente que sepáis que todas estas artes y ciencias que hemos recordado llevan aparejadas sus propias historias: y del mismo modo en que las instituciones describen los géneros de las cosas, así las historias consignan sus especies o modelos. De la historia de las lenguas los mejores son los escritores en cada una de ellas, pues ellos nos transmiten los ejemplos mediante los cuales podemos afirmar que este pueblo o aquel hablaron de tal o cual manera; y los ilustres oradores son modelos, respectivamente del arte oratoria y poética. También sobre los fenómenos físicos se han escrito historias, y cada día continúan escribiéndose. ¿Y qué decir de las observaciones precisas de las enfermedades y de sus diarios, y los seguros fármacos descubiertos, a los que vulgarmente denominan «remedios específicos»? ¿No son acaso comentarios del arte física y médica? Y escribe historias la mecánica sobre los nuevos inventos del arte bélica, náutica y la arquitectura. Con toda propiedad podríais llamar historias de la teología dogmática y moral a aquellas que nos transmiten los dogmas de fe revelados por la Suma Divinidad y las reglas acerca de la moral prescritas en unos tiempos y en otros. Ciertamente los teólogos cuentan a los libros sagrados como históricos en gran parte: ¿y qué es la tradición eclesiástica sino una perpetua e ininterrumpida sucesión de doctrina y disciplina eclesiásticas? Y los registros, anales, las vidas de hombres ilustres y las conmemoraciones de los Estados, tan propios son de la doctrina moral y civil que, según el vocablo predominante, son designados como «historias». En verdad son historias de la jurisprudencia las que abarcan las leyes propuestas en un Estado en una u otra época y las interpretaciones admitidas por los jurisconsultos a tenor de ellas, y los modelos de sus resoluciones. La matemática, en cambio, no tiene historias, puesto que no utiliza ejemplos; ni la lógica, ya que se sirve de los ajenos, y cuando estos le faltan los imagina; y mucho menos la metafísica, porque contempla la mente humana y a Dios, como naturalezas purísimas y simplicísimas, y nada más.

Y acojo en este punto aquella división, llevada a cabo por los griegos, por la que todas las disciplinas se distribuyen en acroamáticas y exotéricas, pero lo hago en otro sentido; el de que las acroamáticas, o sea, las que deben ser oídas de los doctores para poder ser aprehendidas con mayor facilidad, son las propias instituciones de las artes y las ciencias; y en cambio las

exotéricas, para cuyo aprendizaje cada cual se basta a sí mismo, son las historias que nacieron de las artes y las ciencias.

Una vez expuesta, por consiguiente, toda la riqueza de las humanas artes y ciencias, sigamos como guía a nuestra propia naturaleza corrupta en su aprendizaje metódico hacia la sabiduría. No cabe duda alguna de que la niñez es una edad tan débil por la razón como vigorosa por la memoria: pues los niños de apenas tres años poseen ya todas las palabras, todas las locuciones necesarias para cualquier uso a lo largo de su vida, que apenas puede comprender un ingente volumen de léxico. Ninguna doctrina está menos basada en la razón y más en la memoria que la del lenguaje, pues su razón es el consenso y el uso del pueblo:

En cuyo poder se encuentra el arbitrio, el derecho y la norma del habla.

Ninguna edad, en consecuencia, es más apta para aprender lenguas que la niñez. Mas, en este punto, alguno de vosotros puede preguntar: ¿a qué lenguas, preferentemente, debemos aplicarnos? Os lo enseña el propio conocimiento de nuestra corrupta naturaleza; y, en efecto, entre las penas principales a las que fue condenada, para dispersión de la sociedad humana, hemos enumerado la barbarie de las lenguas, su variedad e incertidumbre. Por consiguiente, son éstos los vicios que deben ser enmendados por el conocimiento de lenguas que, en la medida de lo posible, sean doctas, ciertas y comunes, para que, por su mediación, según nuestras fuerzas, comprendamos a la sociedad humana. Pues bien, tales lenguas son dos: una, la griega, y la otra, la latina, ambas ciertas; pero la griega es más docta y, ahora, la latina es más común. A su aprendizaje debemos, por tanto, dedicarnos desde niños; y es útil, además, que ellos se apliquen también a la santa lengua para, posteriormente, mejor comprender las sentencias de los libros sagrados, que son el principal instrumento de la teología cristiana.

Dejada atrás la niñez, la mente humana o razón comienza a emerger cada vez más del lodo de la materia. Pues bien, ya dijimos que las penas de la mente, infligidas a causa del pecado original, son las opiniones. En consecuencia, nuestra corrupta naturaleza requiere que, desde tal edad, las opiniones sean derrotadas. Y sin embargo en los adolescentes es muy poderosa la fantasía: sirva de argumento de este hecho el que apenas, en el resto de nuestra vida, nos forjamos una imagen de la forma y ubicación de ciudades y regiones remotas distinta de la que una vez, de jóvenes, concebimos de ellas; tan profundamente la tenemos grabada que no podemos borrarla y superponerle otra. Ahora bien, nada es más contrario a la razón que la fantasía: experiencia que podemos probar en las mujeres, que hacen menos uso de la razón porque prevalecen en fantasía: por lo cual sus ánimos se ven hostigados por emociones más agudas que los del hombre. Estando así las cosas, es necesario imitar a los médicos, que administran a las enfermedades, con mesura, perjudiciales venenos, y les ponen remedio. La fantasía debe ser atenuada, para que, por su propia mediación, la razón cobre fuerzas, y debemos aplicarnos desde adolescentes a la matemática: cuya doctrina se ayuda muchísimo de un intenso poder de conformar imágenes; pues con frecuencia es necesario observar con la mente una larguísima serie de formas o números, para que se reconozca la verdad demostrada que de ello se concluye. Pero, al considerar los puntos y las líneas sin ningún grosor ni corporeidad, mediante ella la mente humana se aclara y comienza a purificarse. Y de este modo los adolescentes se acostumbran a deducir la verdad dada en aquellas cuestiones sobre las que ya existe consenso entre los hombres; de modo que puedan garantizar idéntica actuación en las cuestiones físicas, sobre las que tantísimo se debate.

Pues, con el correr de los años y la práctica de la matemática, la mente humana se va liberando progresivamente de los vínculos del cuerpo, y se conduce de modo más sistemático: y de las cosas que se perciben por los sentidos se basta para colegir las que escapan a toda percepción sensorial, pero son aún corpóreas. Y así, partiendo de la matemática, hay que aplicarse a la física, que contempla los cuerpos sensorialmente imperceptibles y sus también imperceptibles figuras y movimientos, que son los principios y las causas de las cosas naturales. Y, del mismo modo, mediante la matemática y la física la mente humana se depura, gradualmente, de un espeso y grosero género de pensamientos, para acceder a contemplar las cosas espirituales e inteligirse, con el mero y puro intelecto, a sí misma, y a través de sí a Dios Optimo Máximo; y, mediante los datos ciertos de la matemática y los dudosos de la física, verse conducida a la metafísica, que pone al descubierto las cosas verdaderas, ciertas y de todo punto exploradas.

Y así resulta oportuno, en este momento, preparados ya por la metafísica y habiendo obtenido una regla para juzgar acerca de lo falso, lo dudoso y lo verdadero, el propio arte del debate. Y entonces, una vez conocido el Dios Optimo Máximo que la naturaleza nos manifiesta, encaminad vuestros pasos al conocimiento de Aquel que nuestra religión profesa; y prestad vuestra atención a la teología cristiana.

A la ciencia absoluta de las cosas divinas le sigue el conocimiento de las humanas: en este orden de doctrinas debemos imitar a los timoneles de las naves: y tal como aquéllos observan los cuerpos celestes, la Osa menor y otros astros, para mantener rumbos seguros a través del Océano, y arribar en una travesía sin tropiezos a los puertos a los que se dirigen, así contemplemos nosotros las cosas divinas, la mente humana y a la Suma Divinidad; y sirvámosnos de la ciencia de tales cosas, como de la Osa menor, para dirigir el rumbo de nuestra vida humana a través de los bajos de las opiniones, los vados de las dudas y los ocultos escollos de los errores de un modo más cauto y seguro. En efecto, al no tener los hombres necios la destreza de discernir la verdad, ignoran los verdaderos límites del bien y del mal. Y puesto que existen muchos males que ofrecen la apariencia de bienes y por contra muchos bienes que lo hacen de males, siguen, ignorantes de estas cosas, los placeres del cuerpo; aborrecen los esfuerzos, la pobreza y una muerte honesta: por ello se afligen a sí mismos a través de los vicios, y corrompen a la sociedad humana. Y por esta razón la corrupta naturaleza de los hombres desea saber, porque desea ser feliz.

Quien, por consiguiente, no haya orientado sus estudios de las letras a la sabiduría, que engendra la felicidad humana, puede quizás liberarse de las penas de la lengua o de la mente, pero no de las del ánimo. Por lo cual son muchos los hombres doctísimos que, sin embargo, se ven asediados por la ambición, viven inquietos por una «familia» de erudición y se consumen por su envidia a los más doctos. Ello sucede porque se propusieron como fines unos estudios que son los medios para obtener la sabiduría. Así pues, la verdadera utilidad de las disciplinas, a que previamente nos hemos referido, es la de que la mente se habitúe a la verdad; para que una vez que se haya habituado, se deleite con ella, de modo que, cuando quiera, pueda con facilidad, y, en pudiendo, quiera más vivamente elegir los verdaderos fines de los bienes en el transcurso de su vida: esto es, las virtudes y las buenas artes del ánimo, y, a través de ellas, cultivar la divinidad de la mente y, por su mediación, acceder a Dios.

Por ello, imbuidos de la ciencia de las cosas divinas, dedicaos al conocimiento humano, en primer lugar moral, y luego civil, que toman, respectivamente, al hombre y al ciudadano. A

partir de aquí, versados en ellos, os aplicareis fácilmente a la teología moral, para que algún día, a partir de las confidencias de los príncipes podáis asesorarlos en la administración y el gobierno de los Estados con los más sabios consejos. Luego os conducireis de modo mucho más expedito al aprendizaje de la jurisprudencia, que deriva, casi enteramente, de la doctrina moral, civil y la de los dogmas cristianos. Finalmente, para que cada uno de vosotros, instruido en estos estudios de la sabiduría pueda prestar buen servicio, larga y extensamente, a la sociedad humana y ayudar a los más, y no sólo a sí o a unos pocos, que una a los estudios de la sabiduría los de la elocuencia. Y que ninguno de vosotros, cuando todos estos estudios deben ser cultivados en aras de la sabiduría, tema envejecer aprendiéndolos de los doctores. Envejecerá sin duda, y envejecerá en vano, si cultiva alguno de ellos sin estar debidamente instruido, si no los cultiva de acuerdo con el fin propio de cada uno, si los cultiva en un orden trastocado; como aquellos de quienes Fabio Quintiliano dice elegantemente, en este tema, que *por ganar tiempo se demoran*; con mayor sutileza y de forma no menos acorde con la verdad, podríais decir, si no me equivoco, que se mantienen inmóviles porque se apresuran. ¿Y qué decir del hecho de que a nadie suelen salirle al paso tantísimos obstáculos como a quien se apresura? Y quienes se conducen en un orden confuso en los estudios se mueven como en un laberinto, y no avanzan. Mas el camino recto es el más corto de todos: y tal es la virtud del orden, la de encerrar mucho en breve espacio. Pero puesto que estos estudios, unidos por naturaleza y dispuestos en el orden que hemos descrito, se han visto frecuentemente separados y trastocados por culpa de los hombres, parecen muchos; mas debéis aprender que, en realidad, no son muchos, sino los mismos multiplicados. Pues las instituciones de las artes y las enseñanzas de las ciencias, que estimamos acroamáticas y deben ser aprendidas de los doctores, son casi todas brevísimas, si en las unas no se trae a colación nada de fuera, procedente de las otras. (Y, en efecto, ¿qué necesidad hay de hacerlo, si todas las cosas se enseñan ordenadamente, cada una en su lugar?). Y consideramos exotéricas las historias de las ciencias y de las artes, de modo que podéis instruiros en ellas por vosotros mismos.

Y ya tenéis, adolescentes de mi mejor esperanza, un consejo a seguir -que no me arrepiento de haberos dado- acerca de la finalidad y el plan de vuestros estudios, el más preclaro si lo mirais bajo el prisma de los honores; si el de la utilidad, el mejor; si el de la facilidad, el más expedito: porque, aunque yo no sea un sabio, a los sabios he seguido al darlo. Si ellos siempre obran, porque siempre pueden hacerlo, yo, puesto que el conocimiento de mi propia naturaleza corrupta me aconsejó esto que he dicho, en tal convicción obré, porque tan sólo en tal convicción pude hacerlo, la de dirigirme a vosotros según la finalidad propia de mi arte y la de ayudar a la sociedad humana, en la parte que me toca, de corazón y con seriedad.

[Trad. del latín por Francisco Navarro Gómez]

